

Cambio de paisaje y futuro incierto

J.R. Guzmán Álvarez

Departamento de Ingeniería Forestal. Universidad de Córdoba.

➤ Recibido el 3 de noviembre de 2006, aceptado el 3 de noviembre de 2006.

Introducción

Lo natural no tiene por qué ser lo más sano. Hay ecosistemas muy respetables y merecedores de nuestro esfuerzo conservador con poquísima diversidad. La naturaleza no es ajena a la presencia del hombre.

Verdades que a más de uno le parecerán de perogrullo, pero que otros se obstinan en ignorar y que, en cualquier caso, deberíamos tener en cuenta como cuestiones para el debate en nuestra actuación técnica y científica.

Como aquella otra que dice que lo forestal no es sólo lo boscoso (sentencia previa al cambio de paradigma emergente que está sustituyendo lo forestal por lo natural o, con una confusión terminológica bastante preocupante, por lo ecológico). Haciendo uso de un dicho desgastado, los árboles ocultan, en demasiadas ocasiones, el monte. No siempre es así: de hecho, en la práctica, gran parte de los trabajos que uno pueda hacer en los ecosistemas forestales no incluirán a los árboles como elementos sustantivos (y ahí están los pastizales, los matorrales, los arbustados,...). Pero, y abundando en la polémica, la dendrofilia domina la epistemología (usando un término algo antipático pero preciso) de los cuerpos técnicos que se dedican al medio forestal (entendido de una manera laxa como aquel que engloba los lugares no urbanos, no agrícolas, no acuáticos...). De hecho, si el árbol no hace acto de presencia porque esté ausente, se le tiene en cuenta como protagonista para el horizonte futuro.

Esto no siempre es así. Se admiten todas las críticas que se quieran hacer a esta tesis que no rehuye la provocación y la polémica. Pero qué duda cabe de que el saber forestal (incluso, en buena medida, el biológico y ecológico) se sustenta sobre cimientos más sólidos cuando se trata de hablar de árboles (para su ordenación, su selvicultura o su repoblación, por poner algunos ejemplos), que cuando se trata de la mucho más numerosa pléyade de matas y arbustos.

Es necesario poner de manifiesto esta querencia hacia el árbol (filia lógica y loable, por otro lado) para plantear algunas consideraciones sobre un tema cada vez más actual y sobre el cual los técnicos forestales tienen mucho que aportar: el cambio de paisaje.

Paisaje: espacio más hombre, espacio con ser humano, espacio dentro del simio pensante que somos. Territorio tamizado por nuestra particular sensibilidad y experiencia vital: reflejo de nuestra alma, el exterior de mi interior. Pero también escenario, panorámica, trama de relaciones ecológicas. El paisaje es todo esto y mucho más. Hay paisajes de poetas, de músicos, de geógrafos y de ingenieros de montes. De ecólogos e historiadores, de directores de documentales, de campesinos.

Ciñámonos a una vertiente más concreta del paisaje. Acotemos sus bordes a un espacio territorial de referencia y contemplémoslo. Vemos un retazo de Tierra en un momento determinado. Alejémonos ahora: pero no para abarcar una mayor perspectiva espacial, sino para mirarlo con los ojos del tiempo: recorramos este paisaje en los paisajes del pasado y vislumbremos los paisajes del futuro.

Las dimensiones del mundo

¿Cuántas dimensiones tiene nuestro mundo? Desde pequeños nos hemos acostumbrados a un espacio tridimensional en el que, gracias a nuestra visión estereoscópica, nos manejamos con bastante éxito. Con sólo tres cifras y un sistema de referencia adecuado,—somos capaces de situar cualquier punto en el espacio. Y al igual que situamos un punto, podemos hacer extensiva la georreferenciación a los objetos bidimensionales, formados por líneas rectas o escoradas, y a los tridimensionales, aquellos que gozan de la táctil propiedad del volumen.

También podemos reconocer, aunque sea en el plano teórico, la existencia de una cuarta, quinta y, en fin, de cuantas hipotéticas n – dimensiones queramos imaginar. Cuestión fácil de exponer pero difícil de aprehender, de visualizar: lo queramos o no, estamos limitados cognitivamente a nuestras tres dimensiones y salirnos de este sistema de coordenadas, aunque sea imaginativamente, nos exige el mismo esfuerzo que precisaría un habitante de *Planolandia* para conocer nuestro mundo.

Algebraicamente es sencillo hablar de espacios n -dimensionales. Basta con incorporar matrices a nuestras elucubraciones y veremos aparecer tantas dimensiones como filas o columnas tenga nuestra matriz o nuestro determinante. Pero a pesar de la ayuda que aporta la notación matricial, no acabamos de disfrutar de una percepción sensorial de otras dimensiones.

Y, sin embargo, todos estamos familiarizados con una cuarta dimensión a la que, pese a ello, solemos relegar al espacio del olvido. El tiempo es nuestra cuarta dimensión, nos han repetido mil veces. Una dimensión un tanto especial, puesto que no tiene marcha atrás, que parece que siempre avanza, aunque a diferente velocidad, como demostrara Einstein con su disparatada teoría de la relatividad. En el eje temporal representamos acontecimientos, no localizaciones, y cada evento imprime una huella irreplicable en el sistema de coordenadas tetradimensional.

Al tiempo no le echamos mucha cuenta. Es decir, sabemos que está ahí, dirige nuestra vida al ritmo del segundero de nuestro reloj de pulsera, nos despierta por la mañana con el zumbido del despertador y nos recuerda, cada nueva Navidad, que su paso es inexorable (**Fig. 1**). Pero tendemos a actuar como si nuestros acontecimientos fuesen atemporales. Es decir, prescindimos de su presencia limitándonos a vivirlos, lo cual no deja de ser una acertada receta para no acudir con frecuencia al psicoterapeuta.



Figura 1. Pueblo minero abandonado. Sierra de Baza, Granada.

Lo anterior puede sonar a elucubración filosófica alejada del rigor académico de las disciplinas técnico-científicas. Ciertamente: pero si suena a ello es porque nos hemos encargado fervientemente de parcelar los conocimientos para poder así hablar mejor de casi nada. El tiempo es materia de distracción y de investigación para poetas, historiadores, filósofos y relojeros. El tiempo está guardado en las bibliotecas y los archivos, esperando a que las miradas cansadas de ratoncillos inquisidores contesten

qué sé yo que cosa, probablemente desviada de nuestro febril presente. Y, sin embargo, necesitamos de tiempo, de mucho tiempo para comprendernos.

Este diagnóstico no es del todo correcto, por supuesto: en las disciplinas, en toda vida humana, el tiempo ocupa un lugar esencial. Pero, ¿qué tiempo?: ¿el tiempo acelerado en que nos desenvolvemos en el presente, en el que sólo se nos permite escribir el futuro a golpe de teclado de ordenador, porque se quedaron secas todas las plumas y los bolígrafos camino van de ello? Éste es un tiempo distinto: el otro tiempo, el tiempo dimensional, mide intervalos acotados en una escala continua, mensurable, racional; el tiempo de nuestros días, el que se deleita burlando al futuro (o eso cree él) se confunde con la aceleración y con el caos, no atiende a escala ni a ritmo, y deambula enloquecido por los calendarios esperando una estación de destino que nunca llega.

Valga esta introducción para situar el que a mi juicio es el gran desafío de los estudios de vegetación, llamémosles botánicos, ecológicos, forestales o medioambientales: ¿cómo lograr una representación de la vegetación en el territorio que incluya simultáneamente lo retrospectivo, lo presente y lo prospectivo? En realidad es el gran desafío de cualquier tipo de estudios que reconozca a vocablos como evolución o desarrollo como sujetos básicos de su ámbito de conocimiento. Para cualquiera de estas disciplinas la localización tridimensional es un tema menor en relación con la inserción del eje temporal. El posicionamiento geográfico espacial se lleva solucionando desde hace más de dos mil años, a través de métodos cada vez más refinados: el posicionamiento temporal se resiste. Parece haberse atrincherado en los libros de historia, y de ahí no hay quien le saque.

Cualquier estudio sobre el paisaje requiere de tiempo a raudales. Nos exige dialogar con la historia, extraer información de los archivos (de cualquier tipo que sean: documentales, pero también fósiles o biológicos) y atreverse a hacer predicciones para el futuro. A esto le llamamos con frecuencia hacer modelos: pero, recorrer el eje temporal con cierta prestancia exige posiblemente algo más que modelizar.

Algunas consideraciones sobre el tiempo y su medida

Para familiarizarnos con el tiempo, es recomendable proponer una buena escala de medida. Tenemos el año, los meses, los días, los minutos, se dirá. No obstante, al contrario de lo que ocurre con las medidas espaciales, con las que estamos cómodos, nos cuesta pensar en clave temporal: con el tiempo nos sentimos desde el primer momento desconcertados: ¿cuánto está alejado “de más” un año que otro?, ¿están iguales de próximos el 2004 respecto al 2003 que el 1501 respecto al 1502?, ¿qué significan 200 años?, ¿soy capaz de imaginarme el trecho de existencia que media desde el Neolítico hasta la coronación de Augusto como emperador? En el mejor de los casos conozco cifras, sitúo episodios en una escala que parece que se estira y se comprime a voluntad, casi tan desubicada como el propio observador. Me admiro que un árbol cuente con 627 años, pero ¿cuánto es 627 años?, ¿qué significado tiene esta abstracción que llamamos año?

Sabemos cuánto es un metro, porque lo abarcamos con un paso, o extendiendo los brazos, o tocándonos el ombligo. Hacia arriba o hacia abajo las mediciones son relativamente asequibles: se pueden acercar los dedos índices y pulgar hasta unas décimas de milímetros; hemos recorrido distancias reales o virtuales en nuestros desplazamientos; de hecho, también podemos “descorrerlas”, volver atrás y contemplarlas para acotarlas. Bien es cierto que a partir de determinado umbral nos resulta embarazoso imaginarnos el mundo, y aplicamos las potencias de diez, negativas y positivas, para ocultar nuestra desazón. Pero a pesar de ello, somos capaces de mantener un orden de magnitud en nuestra mente que nos permite establecer comparaciones.

Toparse con el tiempo e incluirlo en tus reflexiones, por el contrario, desanima. A partir de cierto momento, valen igual ocho que ochenta. Y, sin embargo, es recomendable desenvolverse con cierta soltura en el eje temporal para situar no solo posicionamientos geográficos, sino acontecimientos. Porque la historia tiene un papel esencial en la ecología.

Un pequeño cambio de escala nos puede ayudar a lograr este fin. De manera natural los paisajes suelen cambiar poco a poco. Los hombres que habitan en los paisajes se percatan del cambio cuando ya son un hecho. Si además tenemos en cuenta nuestra particular tendencia a medir el tiempo de los paisajes según sucesos patentes como el crecimiento de los árboles, debemos marcar la regla temporal con escalas groseras.

Introduzcamos una observación adicional: quien transmite la memoria histórica del cambio en nuestros paisajes de alma es la generación de los más veteranos: los abuelos y, sobre todo, las abuelas actúan usualmente como transmisores de emociones de manera más eficiente que los padres y las madres, dedicados a otros menesteres cotidianos. Hablando de paisajes, las abuelas toman como referencia los territorios de su infancia: “esto era antiguamente un yermo”, o “aquello era un monte cerrado”, son comentarios que cualquier abuela podría expresar. Por ello, establezcamos como unidad de medida de la memoria de los paisajes la *abuela*, entendida como el lapso de tiempo que media entre tres generaciones: entre los paisajes de referencia de los abuelos y abuelas y los paisajes de aprendizaje de las nietas y nietos. La equivalencia exacta de una *abuela* ha variado a lo largo de la historia, habiéndose dilatado en los últimos treinta años debido al cambio social: un

valor medio de cincuenta años a lo largo de la historia podría ser una buena solución de compromiso. De este modo, en lugar de hablar de años, midamos el tiempo en los paisajes como *abuelas* transcurridas. Una encina centenaria puede haber estado en su ubicación durante ocho o diez *abuelas*. Las Ordenanzas de la Marina, con todo lo que supusieron para la historia forestal española se promulgaron hace más de cuatro *abuelas*; la salvación de parte de nuestro patrimonio forestal frente al empuje desamortizador fue posterior: hace unas tres *abuelas*.

Multipliquemos por dos y tendremos el número de generaciones que se han sucedido con posterioridad a estos acontecimientos. Comprobaremos algo obvio, pero que no deja de sorprendernos cuando meditamos sobre ello: lo rápido que se han producido nuestras últimas revoluciones y sus efectos: la industrial, la tecnológicas y la de la información.

Encaramados al eje temporal

Una vez que hemos cambiado nuestro patrón de medida del tiempo en los paisajes, pongámonos las gafas de mirar al tiempo. Cualquier hecho actual hunde sus raíces en el pasado. Despiezar su esqueleto histórico puede aportarnos mucha información de calidad para entender el presente y proponer escenarios futuros. Esto es algo que saben perfectamente (de hecho dicen que es la principal justificación de su disciplina) los historiadores: el pasado como maestro del presente (aunque bien es cierto que los discípulos apenas parecen tomar nota de lo que han aprendido...).

El tiempo es consustancial a la vida. Sobre esto se ha reflexionado mucho y bien: tal vez uno de los que de una manera más amena, pero al mismo tiempo más rigurosa, lo hizo en los últimos tiempos fue el paleontólogo Stephen Jay Gould. Cualquiera de sus recopilaciones de artículos son una maravillosa fuente de inspiración intelectual para acercarse al tiempo y sus circunstancias, el tiempo como motor del cambio. Si lo traemos a colación es tanto por sus reflexiones sobre el tiempo, como porque muestra magistralmente sus caprichos, la importancia del acaso, de los fenómenos azarosos que se quedan grabados indeleblemente en los registros de la vida, compartiendo mesa y mantel con otros acontecimientos para los que la relación causa – efecto nos parece inteligible. Tiempo, azar y necesidad, por consiguiente, parafraseando a Jaques Monod, otro gran evolucionista. Con ello se quiere poner de manifiesto que hay que interrogarse por qué sucedieron las cosas, hay que buscar pistas en los paisajes actuales que nos hablen de los paisajes del ayer, pero, en ocasiones, los anteojos para escudriñar el tiempo nos conducirán a rutas aparentemente absurdas, carentes de lógica, o, mejor dicho, de nuestra interpretación sesgada de la lógica de los acontecimientos.

Pongamos como ejemplo el conocido pulgar del panda. Este simpático mamífero come el bambú asiéndolo con su mano, que posee un dedo prensil opuesto a los demás. Los parientes de los osos pandas carecen de este dedo, tan idóneo para sus manipulaciones culinarias. ¿De dónde viene este dedo? La respuesta correcta es que no es realmente un dedo: fisiológicamente no tiene nada que ver con sus compañeros, sino que procede de la adaptación de otro hueso de la muñeca, el sesamoide radial. Pero funcionalmente es lo mismo.

Las reflexiones que suscita un ejemplo como el anterior son innumerables: no hay que fiarse de la apariencia, la función no tiene por qué ir unida siempre a la morfología o la ontología, los avatares de la vida pueden llegar a ser complejos de interpretar, a pesar de que siguen una lógica definida... Pero en todo caso, estas interpretaciones son una cuestión de tiempo y de historia.

Con la lectura del paisaje pasa algo parecido: debemos extraer conclusiones teniendo en cuenta acontecimientos que ya no están. Usos campesinos que dejaron de ser, fenómenos meteorológicos momentáneos, crisis económicas a pequeña y gran escala: todo ello dejó su huella en el territorio. Podemos prescindir de esta historia: tal vez no pasaría nada. Sin embargo, frecuentemente queremos seguir vinculados al pasado. Deseamos conservar un rebollar que ya no se maneja como monte bajo, un pastizal que no se pastorea o un hayedo del que ya no se obtiene leña para carbón vegetal (**Fig. 2**). Estos paisajes culturales, como tantos otros, sólo podrán ser conservados si son recreados, si copiamos los factores que les permitieron ser como eran – tal y como nos los contaban nuestras abuelas – y los traducimos a nuestro lenguaje técnico moderno. Y para ello hace falta introducir mucho tiempo en nuestro análisis.



Figura 2. Viejas hayas desmochadas para aprovechar la leña en suertes, Murguía, Álava

Conociendo, además, el carácter fortuito de una parte nada desdeñable de nuestros paisajes. Especies vegetales que fueron introducidas azarosamente, que ni siquiera debían haber estado allí. Brinzales que pudieron crecer porque durante unos años hubo una guerra y no se explotó intensamente el monte. Árboles, piedras, construcciones que sobrevivieron porque se readaptaron a los nuevos tiempos.

En relación con esto hay otra historia curiosa de la que también se extraen moralejas jugosas: la transformación de la arroba.

Mientras que la mayor parte de los usos y tradiciones antiguas han desaparecido en estos tiempos de internet, hay un elemento que debía estar aquejado de una crisis valetudinaria, pero que está más fresco que una rosa: la arroba.

Todavía muchos de nosotros relacionamos la arroba – o al menos uno de sus significados – con esa unidad de capacidad que tiene forma de garrafa diseñada por Botero equivalente a 16 litros de vino u 11,5 Kg. de aceite. Tuvo su origen en Andalucía en el siglo XVI y su nombre procede etimológicamente del árabe ar-roub, que quiere decir la cuarta parte, dado que cuatro arrobas hacen un quintal. ¿Por qué extraña circunstancia esta vetusta unidad de medida que tendría que haber sido superada al final del siglo XIX cuando los países de habla hispana se fueron adhiriendo al sistema métrico decimal ha recobrado nuevos bríos en el teclado de los ordenadores?

Si nos fijamos en un teclado, veremos que las letras presentan una disposición bastante enloquecida: “ASDFGHJKL”, “QWERTYUIOP” y “ZXCVBNM”. Ni queriendo se obtiene una distribución más carente de sentido. La arroba aparece en la fila de los números, junto al 2. Pues bien, tanto la procesión de las letras en el teclado como el protagonismo de la letra arroba son una buena muestra de lo azaroso que puede llegar a ser el devenir de los acontecimientos. El teclado tuvo su origen en las antiguas máquinas de escribir: si las recuerdan, al pulsar las teclas se accionaba un bastidor que impulsaba una letra grabada en un soporte metálico. Los primeros fabricantes de máquinas de escribir se encontraron con un serio problema: cuando los mecanógrafos escribían rápido, las letras llegaban a estorbarse unas a otras, literalmente se empujaban, impidiéndose el paso en el carro, por lo que la escritura era muy ineficiente. La solución que encontraron fue separar en el teclado las letras que contaban con una mayor probabilidad de aparecer juntas en un texto (evidentemente, en idioma inglés). La opción que triunfó entre varias alternativas posibles (pasó algo parecido a la lucha actual entre sistemas operativos de *software*) fue la que actualmente disfrutamos en nuestros teclados. Primera moraleja: una decisión que se tomó en los años veinte, aparentemente inocua, se ha quedado prácticamente solidificada, fija en el tiempo. Algo muy frecuente, por cierto, en nuestros paisajes, que arrastran huellas de su pasado en su estructura y funcionamiento cuyos orígenes (frecuentemente ignotos) pueden remontarse decenas, cientos, miles o millones de años atrás.

Pero todavía no hemos explicado por qué la arroba adquirió la fama de que goza en la actualidad. Antes descifremos la razón de esa forma tan extraña de caracolillo (de hecho, en francés se la conoce por *scargot* y en italiano bajo el nombre de *chiocciola*): la “a” con el rabito surgió de la contracción por parte de los copistas de la partícula latina *ad*, que significa “hacia” o “en”. Posteriormente, este símbolo fue utilizado por los contables para hacer referencia a la arroba como unidad de medida.

Muchos años después, en 1971, Ray Tomlinson, cuando envió el primer correo electrónico escribió 'tomlinson @ bbn-tenexa', que en inglés se lee como manganito *at* (en) la dirección de un servidor, que es exactamente lo que indica una dirección de correo electrónico: tu nombre más las señas de donde se aloja cibernéticamente.

¿Por qué escogió @? Pues porque se necesitaba un símbolo que estuviera en los teclados y que se utilizara muy poco, para que no hubiera confusión con los caracteres del nombre del usuario y del servidor. ¿Y por qué estaba este símbolo en los teclados de 1970? Porque los constructores de máquinas de escribir de principios del siglo XX lo habían mantenido, dado que los contables norteamericanos utilizaban el símbolo arroba para indicar el precio unitario (por ejemplo, hubieran escrito, 5 coches @ 12.000 €). Segunda moraleja: gracias a la readaptación funcional, hemos conservado, incluso con nuevos bríos, un elemento de nuestro más lejano pasado. En el camino dejamos muchos otros símbolos olvidados: la arroba, sin embargo, ha tenido tanto éxito que incluso es utilizada en la actualidad como apócope de los dos géneros simultáneamente, pensando tal vez que el caracolillo incluye conjuntamente a la “a” y la “o”.

Recorramos los paisajes del tiempo

Hay tantas preguntas que contestar que a uno le tienta rendirse a la desesperanza. O a la ataraxia, ese estado de ensimismamiento radical que produce la máxima contemplación. Pero a los profesionales se nos paga por tomar decisiones, y la decisión tendrá más probabilidades de ser menos errada si se aproxima uno a ella ligero de prejuicios.

Los paisajes de España están escritos con caligrafía indígena, cartaginesa, griega, romana, visigoda o sueva, andalusí, renacentista, moderna y contemporánea. Más de una tejeda del norte debe su presencia al fomento del tejo como árbol para exportar arcos de calidad a la Europa medieval. Gran parte de los mejores alcornoques mundiales, situados en el confín occidental europeo, fueron el producto decimonónico del aclarado selectivo de los quejigos y las encinas, de cuya madera se obtenía buen carbón, mientras que la del alcornoque merecería menos la pena. Es posible que una razón similar permitió a los [pinsapos](#) sobrevivir en las escarpadas sierras meridionales o que las sabinas - o enebros del incienso, como también son conocidas en tierras castellanas – lo hicieran en el duro interior. Los rebollares centrales han sido cien veces recepados para aprovechar en turnos de 20 a 35 años los frondes del marojo como forraje para el ganado (**Fig. 3**). Más hacia el norte, los robles y las hayas deformes fueron desmochados en las suertes para la leña del invierno, mientras que sus congéneres bellos y esbeltos acabaron convertidos en trinquetes o armazón de navíos. En las sierras de los rigurosos interiores, en Jaén o en Huesca, en Segovia o en Teruel, tan alejadas del mar, los bravíos ríos conectaron las asperezas serranas con las atarazanas, y con ello, vieron cómo se recubrían selectivamente sus laderas de bosques flotantes. La esperanza del piñón animó la presencia del pino doncel en las arenas meseteñas, y la de la resina propició montes extensos de pinos negrales. Los castaños tuvieron tan buena acogida en sus umbrías, que hasta se nos olvidó que una vez fueron forasteros o, como también se dice, alóctonos en nuestro solar. Los almezos y los álamos se alinearon en ríos y arroyos sabiéndose propios, aunque algunos de ellos tampoco eran nativos.



Figura 3. Resalveo de monte bajo de rebollo, Segovia.

Los cochinos extremeños se engordaban mejor bajo encinas de bellota dulce, por lo que eran concienzudamente seleccionadas para la siembra, y hasta en las más bravías serranías hubo quien plantó, con la esperanza de futuro, abedules para curtir los cueros y arces para tallar su madera (**Fig. 4**).



Figura 4. Cochinos hozando en una dehesa de encinas, La Puebla de los Infantes, Sevilla.

Muchos pinares fueron modelados por los pegueros para hacer brea, pez y aguarrás con los tocones y testellones. Los enebrales sufrieron el embate de los buscadores de miera, que obtenían de sus raíces un mejunje multiuso tras su destilación. En la costa atlántica meridional, encargamos la tarea de fijar las dunas a los pinos piñoneros. Miles de hectáreas de nuestros más frondosos y mejores conservados bosques proceden de la obligación que tuvieron los paisanos de sembrar árboles como consecuencia de las leyes promulgadas por los ministros ilustrados. Antiguas dehesas boyales del interior meseteño se regaron en su día para garantizar el verdor de su arbolado. Porque también hubo grandes sequías en el pasado, como aquella tan cruenta que azotó al-Andalus y obligó a traer de ultramar, del otro lado de las Columnas de Hércules, nuevos plantones de olivos en el siglo X, ya que, según los cronistas, se habían secado todos.

Las Sierras de Cazorla, Segura y las Villas son inimaginables sin la secular actuación humana (**Fig. 5**). Las dehesas salmantinas, cacereñas o pacenses simplemente no existirían: serían otra cosa, una no-dehesa, lo que puede ser tan estupendo como serlo, pero seguramente las echaríamos de menos cuando se cerrara el monte en demasía y no pudiésemos mirar en lontananza. Los abetales pirenaicos, los castañares y robledales atlánticos, las fresnedas ribereñas: los ejemplos de la actuación humana milenaria son innumerables.



Figura 5. Rastro de la resinación en un viejo pino rodeno, Cazorra, Jaén.

Los bosques se escribieron en el antiguo ibero y en el celta prerromano. Montes sagrados de antiguas deidades fueron renombrados cuando construyeron encima ermitas cristianas. Los *bobalares* o *bovalares* que visitara el naturalista Cavanilles, relictos de bosques en los municipios del norte del antiguo reino de Valencia, es posible que fueran los últimos vestigios de antiguos bosques sagrados hispanomusulmanes.

Nuestros montes (y bosques) son los que trabajaron nuestros abuelos y abuelas desde hace varias *abuelas*. Por supuesto que a menudo los modificaron y alteraron hasta su total desaparición, reconvirtiéndolos en campos de cultivo, en pastizales para el ganado o en yermos inaprovechables. Tenían excusas: comer, calentarse, cocinar, hacer barcos, ruedas de carro, vigas,... El petróleo, y con él la energía empaquetada universalmente transportable, comenzó a extenderse en España hace algo más de dos *abuelas*, pero no pasó a formar parte de todas las facetas de nuestras vidas hasta hace apenas una *abuela*. Ello nos ha permitido no extraer tanta leña del monte como precisamos: la obtenemos de los restos de seres vivos que vivieron millones de años atrás. Y si nos hace falta la madera para algún detalle decorativo – un aparador, el cabecero de una cama, una mesa de comedor – siempre están los árboles que todavía crecen en los bosques boreales o tropicales.

Hemos cambiado tantísimo en los últimos años que las nuevas generaciones ya ni siquiera conocen la pez por los cuentos: les suena porque aparece en una canción del grupo *Celtas Cortos* (que, por otro lado, se llama justamente “Cuéntame un cuento”). Ya no corren maderadas por los ríos, salvo en alguna celebración folklorista y en el libro de José Luis Sampedro “El río que nos lleva”. Las bojedas no son manejadas por los artesanos cuchareros, ni los almezos se guían para obtener horcas y biergos. Eso sí: los hemos protegido para que se conserven como están.

Aunque, a decir verdad, después de tantos años mirando de soslayo a los que fabricaron nuestros montes (aquellos que nos gustan más y esos otros paisajes que nos complacen menos, que la historia de los espartales, tomillares, romerales, jarales o brezales también es fecunda), les estamos empezando a echar de menos. Hemos caído en la cuenta de que nos falta el leñador, el tonelero, el armador, el peguero, el resinero, el porquero... Hasta añoramos al pastor – ¡incluso al cabrero! -, que nos podría echar una mano ahora para ayudarnos a reducir el combustible – la broza, como dirían ellos – de los bosques, y así tratar de evitar la que posiblemente sea nuestra peor plaga: los incendios forestales.

Todavía quedan algunos de ellos en nuestros campos y serranías. Está bien que los convirtamos en los mejores aliados de la gestión sostenible de los montes. Que les reconozcamos su papel protagonista en nuestros paisajes (a veces depredador, por supuesto, pero conviene no tirar muchas piedras desde el tejado de nuestros bloques de viviendas) y que haciendo un sincero acto de contrición reconozcamos que nuestras miradas urbanitas están bastantes distorsionadas. Que John Wayne podía permitirse el lujo de identificar a los buenos y los malos, pero para casi todos los demás es mucho más difícil encontrar la verdad absoluta. Y siempre, eso sí, tratando de no caer en un romanticismo ingenuo que con frecuencia, más que aportar soluciones, crea nuevos problemas.

Sin embargo, la mayor parte de nuestros montes se está acostumbrando a prescindir de la “mano del hombre”. Los campos abandonados se ensilvecen o, como decimos actualmente, se matorralizan. Las veredas se desgastan de no usarlas. Los prados de siega se embastecen porque ya no hay quién los corte.

Nuestra descontextualización de la naturaleza continúa con paso firme. Se prevén avances aún más audaces de la ciencia y tecnología que harán que recordemos risueños la época en la que los niños desconocían de donde venía la leche: para entonces saldrá directamente de las vacas con el colacao puesto. Incluso antes de disponer de GPS nos habíamos olvidado de mirar las estrellas. Ahora contamos con exactas y hasta fiables predicciones meteorológicas (de hecho, el hombre del tiempo se ha convertido en el peor de los agoreros a cuenta del cambio climático), pero se nos han olvidado los signos de los meteoros y el nombre de los vientos.

Nos quedan algunos nombres. La leche kaiku, por ejemplo, que nos recuerda que para calentar la leche sin hornillo bastaba con un recipiente de madera en el que se introducía un *jeijo* o piedra candente. O el azabache: todos hemos utilizado alguna vez esa comparación poética de los ojos negros esdrújulos que parecen de azabache. Pero ya no queda ni en el recuerdo que el azabache es un lignito vidrioso y moldeable que se obtenía en los montes del norte, con el que hacían los artesanos cuentas de un rosario del que hoy desconocemos hasta el número de cuentas que tenía.

“Arrieritos somos”, aún dice el dicho, aunque ya no haya quien conteste a Manolo Escobar, porque los viejos carreteros desaparecieron antes de que llegaran las autopistas; los carros que quedan duermen en los jardines. Los zuecos o madreñas de madera de abedul se venden como recuerdos en Asturias. Y estamos empeñados en valorizar la biomasa del monte mediante plantas generadoras de bioenergía, renovando la no tan lejana tarea de los carboneros que hacían carbón, cisco o picón de los despojos de los bosques.

Conclusiones

Ahora ya nadie quiere un monte ni regalado. En cuanto a los paisajes, los vemos con prisa panorámica: apenas los hacemos ni los vivimos. Eso sí: los gestionamos. Tenemos leyes, normas que los protegen de no se sabe qué amenaza, si su mayor amenaza (desde nuestro particular punto de vista antropocéntrico) es su propia dinámica. Como a Jovellanos, a uno le gustaría desembarazarse de tanta norma y abrazar un liberalismo dieciochesco, ingenuo y espontáneo. Pero no seamos tan atrevidos, que las leyes están para proteger al hombre del propio hombre.

Somos herederos de montes que cuentan con muchas *abuelas* de existencia. Otros, más recientes, son fruto de los intentos por frenar la erosión y salvaguardar el agua que necesitamos; muchos fueron instalados soñando en madera y se han quedado en el camino como un latizal huero; e incluso hay algunos que han sido implantados sólo para estar, para cubrir nuestras áridas laderas de florestas preñadas de vida.

Necesitamos contar con la historia, aunque sea para contar que apenas sabemos qué decir. Que hace apenas diez mil años las estepas castellanas estaban pastoreadas por ungulados que ahora vemos en los parques temáticos, que el rinoceronte lanudo, el mamut, o los ciervos gigantes que pintaron nuestros ancestros en las cuevas y abrigos rocosos tendrían que almorzar todos los días una cantidad bastante respetable de hierba. Y estos paisajes herbáceos, que coevolucionaron con esta y otra fauna desaparecida, quedaron a expensas únicamente de la actuación de los rebaños de ovejas y cabras. Ahora que apenas quedan pastores que las saquen de paseo, porque las creemos estar más a gusto en el interior de los modernos corrales, es de suponer que la flora herbácea se estará acordando de ellos.

La historia puede ayudarnos a guiarnos hacia el futuro, sobre todo ahora, que nuestra responsabilidad es tan grande.

Para las generaciones del siglo XXI el futuro parece que ha venido dado. Querámoslo o no, nos pesa la responsabilidad de que esto está cambiando. Y contamos con la única certeza de que durante los próximos decenios, el cambio será aún mayor.

De modo que, cuando se proyecte una repoblación o una actuación de restauración ecológica (según otro reciente paradigma) deberíamos situarnos en un espacio de referencia de coordenadas variables. Ya no bastará con discriminar cuál es la mejor combinación de especies para un sitio determinado, sino cuál podrá ser la mejor solución para ese lugar ante unas condiciones cambiantes.

El calentamiento global posiblemente nos llevará a perder muchos árboles, bosques centenarios. Tendremos que aprender a gestionar y convivir con más montes de matorral. Que pertenecen, como decíamos al principio, también a lo forestal, a lo natural, que cuentan también con su cuota de biodiversidad...

Una vez llegados hasta aquí, conviene mirar hacia atrás para darnos cuenta de que, en realidad, nuestros tiempos no son tan diferentes a los de nuestros mayores. Nos enfrentamos con otros retos, nuevas dificultades, pero los suyos tampoco fueron fáciles. En el pasado dimos respuestas a los desafíos, y ahora también las daremos. Desaparecerán paisajes y se crearán otros. Propondremos nuevas funciones para las viejas estructuras y usos, al igual que hicieron los ancestros de los pandas. Quizás el mercado del corcho para tapones entre en crisis (esperemos que no...), pero recordemos que los alcornoques tuvieron que recuperarse de crisis pasadas, como la que aconteció en el siglo XVII cuando los chapines pasaron de moda: buscaremos otros usos.

Lo anterior no significa que haya que resignarse ante el cambio y tener una confianza plena en el progreso y la tecnología: todo lo contrario. Significa apostar y confiar en nuestra capacidad de reinventarnos y de adaptarnos al mundo. Incluso si estamos contribuyendo a cambiarlo más rápidamente de la cuenta. Luchar para evitar el efecto invernadero y mitigar sus efectos – el gran problema de nuestro siglo -, pero con la misma resolución y entusiasmo con que nuestras abuelas y abuelos se enfrentaron a las dificultades de sus días.